UN CHICO NORMAL Y CORRIENTE

Cualquiera que viera a Juan por la calle, sentado en el banco de una plaza, jugando a las canicas en el parque o bailando como un loco en la verbena en honor a san Cucufato, pensaría que no se trababa más que de un chico normal y corriente.

Y cierto es que no se equivocarían en dicha apreciación sino fuese, claro, por aquello por lo que le había sido otorgado su sobrenombre: *el Carnicero de Milpozuelos*.

Dicho sobrenombre no hacía referencia ni a su trabajo —acababa de cumplir los trece años y por lo tanto no tenía edad legal para trabajar— ni al que ejercían su madre o su padre; la primera era veterinaria y el segundo funcionario de Correos.

Lo de *Carnicero* se lo pusieron sus compañeros del Colegio Público Los Alcornoques porque era el rey de las chuletas.

No había nadie en todo el pueblo, provincia, comunidad autónoma o país que supiese más que él del arriesgado arte del copieteo. Incluso tenía una página web, www.lacarniceriademilpozuelos.es, en la que explicaba con el más mínimo detalle la elaboración de las chuletas más «exquisitas y sofisticadas».

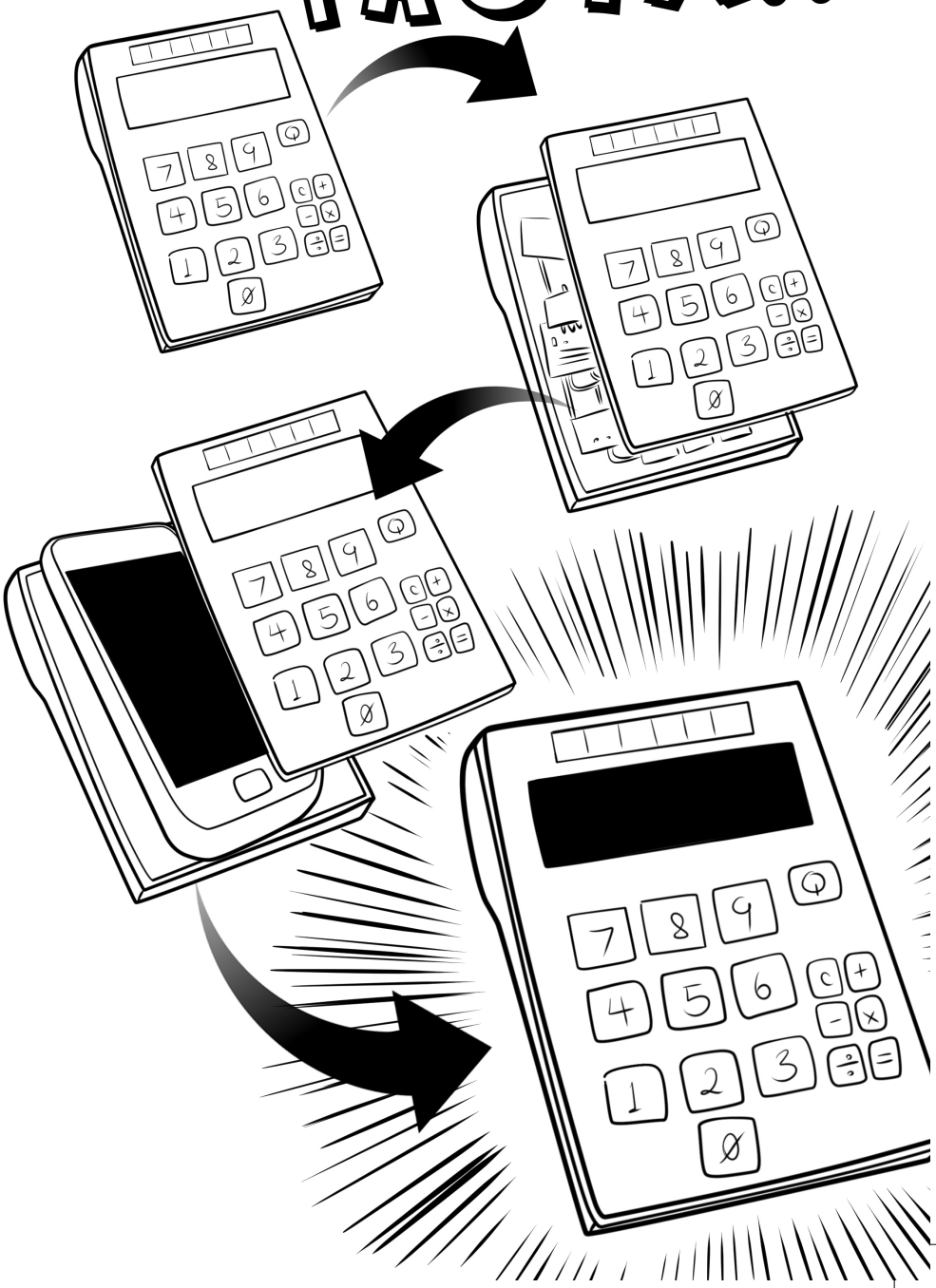
Porque Juan se sabía todas las técnicas de ocultación de chuletas y todas las tretas de distracción de profesores habidas y por haber. Y por supuesto, inventaba sistemas infalibles cuyos vídeos explicativos se convertían al instante en *trending topic*.

Uno de ellos, del que se sentía más orgulloso y con el que más *likes* había conseguido, fue el que bautizó como *la calculadora de Troya*.

¡Menudo invento era la dichosa calculadora!

Un método infalible para conseguir aprobar el examen más difícil de la galaxia puesto por el profesor más exigente del universo. Porque no había pregunta con respuesta que no pudiese ser contestada por *la calculadora de Troya*.

!!CALCULADORA DE TROYA!!



Eso sí, había que ser muy cuidadoso y un manitas de primera para transformar una de esas calculadoras de las de toda la vida en *una calculadora de Troya.*

Lo primero que había que hacer era abrirla sin provocar ningún desperfecto en la carcasa y, seguidamente, vaciar sus entrañas por completo para poder introducir el móvil. Porque en eso consistía el invento, en hacer pasar un móvil por una calculadora. Razón por la que era primordial que, una vez finalizada la operación, el armazón de la calculadora quedase en perfecto estado para que el profesor de turno, al pasar junto a tu mesa, no apreciase en ella nada extraño. Una vez te perdía de vista, la abrías y te ponías en faena.

Por supuesto era imprescindible que el móvil tuviese conexión a Internet y que en el colegio hubiese cobertura. Bueno, y más imprescindible todavía era tener móvil; porque no todos los alumnos del curso de Juan tenían móvil.

Con *la calculadora de Troya*, Juan había aprobado todo Primero de la ESO,sin dar un palo al agua.

El problema surgió en Segundo, cuando tan sofisticado método fue «fusilado» por casi todos sus compa-

ñeros de clase y a uno de ellos, bueno, mejor dicho, a una de ellas, la pilló Eustaquio, el profesor de lengua, con las manos en la masa.